

paz de pensar o un niño pequeño), y, al mismo tiempo, el grado de adaptación de un texto también depende del contexto en que vaya a leerse (si el libro a traducir es para niños pequeños, tampoco podremos tratarlos como adultos y filólogos). Así, la variedad de ejemplos, todos ellos auténticos, que se recogen en el manual prepara al futuro traductor para desenvolverse en cualquier contexto y, sobre todo, para desplegar recursos diferentes según sea necesario y para, por una parte, ser creativo y flexible a la hora de encontrar soluciones; por otra, riguroso a la hora de decidir qué criterios aplicar y en qué apoyarse. Y esto es igualmente válido para todos los traductores, se dediquen a obras generales o a la literatura.

La intención global de esta obra está muy en la línea del desarrollo de la conciencia lingüística y de las nuevas metodologías de la enseñanza planes de estudios que apuntan a “enseñar a aprender”, a desarrollar un criterio propio, llevarlo a la práctica con coherencia, tomar decisiones y saber defenderlas. Si en cualquier profesión resulta importante esto, en la traducción lo es más aún al ser una profesión en la que no hay recetas infalibles ni soluciones únicas, sino que muchas veces todo está abierto a la decisión y al buen criterio del traductor. Un traductor, pues, tiene que tener capacidad resolutoria, para lo cual requiere una base sólida, conocimientos basados en un profundo estudio de la lengua, la cultura y la literatura del país de origen (y también del de llegada) y buenas herramientas de apoyo y consulta. Como preparación para ello, como manual para “aprender a traducir”, la obra de Silvia Gamero es espléndida.

Además, es una excelente herramienta de trabajo que no sólo puede interesar a futuros traductores sino que también tiene múltiples aplicaciones en la clase de idiomas. Se utilice o no la traducción como vía de enseñanza del alemán y se siga o no la cuidada estructura de unidades y tareas que presenta el libro, el estudio contrastivo de los errores de traducción y las interferencias de todo tipo son muy válidos para evitar errores y enriquecer la práctica de la producción escrita, e incluso podría aplicarse, de manera más libre, en la clase de español como lengua extranjera. Además, la bibliografía, los recursos web y las tablas contrastivas son tan completos que muchos profesores y traductores profesionales podrán encontrar nuevas ideas y añadirlos a sus fuentes de trabajo habituales. Sin duda, es un libro fundamental en toda biblioteca relacionada con el alemán y el español.

Isabel GARCÍA ADÁNEZ

LAFARGA, Francisco y Luis PEGENAUTE (eds.): *Diccionario Histórico de la Traducción en España*. Gredos: Madrid 2009. 1192 pp.

Según cifras brindadas por la UNESCO, el español ha sido en los últimos decenios una de las lenguas más importantes como receptora de obras y trabajos originados en otros idiomas. No es, pues, de extrañar el constante auge del arte, oficio, profesión –en todo caso, “noble menester”, como nos recordaba E. Lorenzo–, del traductor en estos últimos años, objetivamente reflejado en las titulaciones y programas académicos de Universidad española. Hasta ahora el traductor venía disponiendo de herramientas de consulta relativamente válidas, como eran los diccionarios especializados, cada vez más afinados y monográficos, y accesibles no pocos de ellos electrónicamente sin necesidad de moverse de casa. Pero el traductor y el estudioso venía quejándose de una laguna, la histórica, que reclamaba un trabajo urgente y necesario, la de coordinar y engarzar todos esos trabajos dispersos en centenares de revistas, ediciones pasadas y que suponían una nueva herramienta de inestimable valor, por más que fuera provisional e incompleta. El objetivo de tan vasto proyecto era, por tanto, poner al alcance

del especialista, traductólogo o crítico literario, la información requerida a la hora de abordar los autores y ediciones traducidos a las principales lenguas peninsulares. Se había roturado ya el campo con Antologías de textos de reflexión teórica y colecciones bibliográficas de indudable valor, como las tres de Julio C. Santoyo: *Traducción, traducciones, traductores. Ensayo de bibliografía española*. León: Universidad de León (1987), su *Teoría y crítica de la Traducción: Antología*, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona (1987), y su *Bibliografía de la traducción en español, catalán, gallego y vasco*. León: Universidad de León (1996); la editada por Francisco Lafarga, *El discurso sobre la Traducción en la historia*. Barcelona: EUB (1996); la de Dámaso López García, *Teorías de la Traducción, Antología de Textos*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha (1996); o la edición de Miguel A. Vega Cernuda, *Textos Clásicos de Teoría de la Traducción*, Madrid: Cátedra (1994), por citar solo las más conocidas. No podemos tampoco dejar al margen las escasas historias de la traducción, como la importante de F. Ruiz Casanova, *Aproximación a una historia de la traducción*, Madrid: Cátedra (2000), la editada por F. Lafarga y L. Pegenaute, *Historia de la traducción en España*. Salamanca: Ambos Mundos (2004), o la anterior de A. Pym, *Negotiating the Frontier. Translators and Intercultures in Hispanic History*. Manchester: St. Jerome (2000). Los propios editores habían publicado también la interesante, aunque más parcial, en F. Lafarga y L. Pegenaute *Traducciones y Traductores: del romanticismo al realismo*, Berna: Peter Lang (2006), en la estela de una más breve anterior, *Traducciones y Traductores en la Península Ibérica (1400-1550)* de Peter Russell, en la UAB (1985), en la que se ofrecen múltiples datos de traducciones en una época culturalmente decisiva para esa actividad. No quisiera pasar por alto la admirable obra de nuestro maestro y pionero en esta especialidad recientemente fallecido, Valentín García Yebra, obra de gran brillantez tanto por su carácter teórico como histórico, amén de sus destacados méritos en la praxis traductora desde varias lenguas. Su *Traducción: historia y teoría* (1994) es solo un botón de muestra de su quehacer en este campo.

Con el presente diccionario que reseñamos el estudioso estará en condiciones excepcionales para asomarse al inmenso y casi inabarcable panorama de obras traducidas, de estudios de versiones de una gran variedad de lenguas a las lenguas de la península ibérica. El antes y el después de esta gran obra viene marcado por la dialéctica de la dispersión-colección de datos. La desorientación inicial del estudioso, sumada a la dispersión de la información relevante respecto a la recepción de un autor concreto hacia del trabajo histórico temático toda una odisea de pesquisa detectivesca. Lo decía M. Antonio Caro, "... todo lo escrito en este ramo... anda disperso y olvidado". Esta necesaria y demandada obra va, sin duda alguna, a poner remedio a esa dispersión y a encender las primeras luces en la oscuridad de un camino –al menos en sus inicios– que de otra manera estaría en exceso lleno de escollos. Comentario frecuente entre los investigadores era que en este extenso campo de la traducción histórica los esfuerzos individuales no obtenían la consiguiente rentabilidad debido a que los estudios tenían un preponderante carácter aislado (publicados como tesis doctorales no siempre accesibles, o como artículos en revistas remotas o mal distribuidas) cuando, paradójicamente, el susodicho campo se presentaba cada día más vigoroso y pujante académicamente.

Pero pasemos a describir el plan de la obra que nos ocupa. Sus editores, Francisco Lafarga y Luis Pegenaute son ambos especialistas de reconocido prestigio en el ámbito de Historia de la Traducción y autores de obras bien conocidas en este ámbito, lo que significa una garantía de calidad del producto. Han parcelado y vertebrado el trabajo en campos lingüístico-culturales bajo la responsabilidad y coordinación de destacados especialistas, lo que es un logro indudable en la planificación de la obra. A su vez, éstos han asignado la redacción del trabajo a quienes, a su juicio, mejor lo podían hacer, de nuevo especialistas en la traducción de autores y obras concretos que han estudiado archivos de datos y detalles históricos con frecuencia minuciosos. La lista de todos los que se han encargado de la redacción de las entradas apare-

ce citada en las páginas iniciales. Los datos finales de la obra son, podemos comprobar, abrumadores, si consideramos que son más de mil páginas escritas a doble columna en letra pequeña por unos 400 redactores. Las entradas están ordenadas de forma alfabética por el nombre del autor, siguiendo un criterio cronológico en las traducciones, no importa de qué cultura de entrada proceda éste. Añádase a los autores traducidos aquellos de los traductores más destacados en cada lengua de llegada. Pero no se reduce todo a este procedimiento de carácter general. Hay, además, una serie de entradas pertenecientes a una introducción al ámbito de salida, por ejemplo, “Literatura eslovaca” además de otras culturas de llegada, como por ejemplo, “Catalán, traducción al”. Para completar el panorama temático, y a pesar de que lo literario abarca la mayor parte de la obra, se nos ofrece una amplia gama de entradas sobre traducción en ámbitos no literarios, amén de la interpretación, agentes e intermediarios (‘manipuladores’ de diversa índole: antologías, premios, teóricos, y críticos de la traducción). Así, encontramos entradas como “Didáctica de lenguas y traducción (La)”, “Economía (Traducciones de)” “Jurada, Traducción-interpretación” o, en fin, “Formación de Traductores” entre otras, todas de gran valor de consulta para otros especialistas cuyo quehacer sea otro que el literario. Esto puede dar una medida aproximada de la ambición de esta monumental obra.

Quien vaya a manejar la obra se encontrará con unas brevísimas notas biográficas que sitúan al autor objeto de búsqueda en el contexto de la cultura de salida en el tiempo y el espacio, además de la recepción de dicho autor en la cultura meta, lo que es de enorme interés para el estudioso de literatura comparada, en la que las influencias de las versiones, las emulaciones temáticas y formales, las citas y los intertextos adquieren especial relevancia. Al final de la entrada se da una bibliografía en la que se destacan las obras y artículos críticos publicados sobre las obras o el autor tanto en España como en otros países, sobre todo los de origen.

En la Introducción destacan los editores algo de suma importancia: “Igualmente, cabe sugerir que, sin explicitar el tema de la “traducción” en el título de la contribución, éste ocupa un destacadísimo lugar en tantos y tantos trabajos que desde el ámbito de la Literatura Comparada toman como foco de la recepción el contexto de la literatura española”. No cabe duda de que si se rastrean las revistas filológicas encontramos con relativa frecuencia artículos que versan sobre obras traducidas, su evaluación, crítica o su influencia en otras obras, en los que no aparece explícitamente la palabra ‘traducción’. Dar cuenta de estos aspectos engrosaría ciertamente, no tanto la nómina de obras traducidas, como la evaluación receptora de un autor en una cultura determinada.

Aunque ante la abundancia de datos y de redactores quepa siempre hacer reparos puntuales y hasta objeciones a detalles concretos, la planificación del proyecto, la organización de su compleja malla estructural y el carácter transversal es, creemos, modélica, sin que ello implique que, como toda empresa de esta envergadura, no sea perfeccionable en una posterior edición. El hecho de que se trate de un diccionario hace que la ordenación temática, de por sí muy variada, propia de una enciclopedia, queda supeditada a la ordenación estrictamente alfabética. La publicada por M. Baker, *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*. Londres: Routledge (1998), nos ofrece tal contraste de criterios de organización. No faltará quien observe que tal criterio, muy defendible, sin duda, en todo diccionario, podría resultar, no obstante, en desequilibrios entre unas entradas concretas y otras. Por ejemplo, podría resultar extraño al estudioso, si no chocante a primera vista, que la entrada “Economía (traducciones de)” aparezca ‘casualmente’ insertada entre el romántico portugués Eça de Queirós y las antiguas Eddas y sagas escandinavas. No deja de ser una servidumbre más al criterio de orden alfabético como método de búsqueda fácil y rápida de una obra de consulta. Y en este sentido, tal ‘incoherencia’ aparente encuentra su razón de ser. La labor de edición, que implica dolorosa cizalla ockamiana, del consejo asesor, responsable directo de las entradas siempre limitadas, ha tenido que ser, sin duda, ingente.

En una obra de factura colectiva –no olvidemos que son unos 400 redactores– es poco menos que imposible, por estrictas que sean las normas y directrices tendentes a la coordinación de esfuerzos individuales por parte de los editores, dar cumplida satisfacción a exigencias muy particulares. Como en toda obra de dimensiones ambiciosas, siempre hay cabida para desequilibrios de difícil solución. La impronta personal de cada redactor queda reflejada ahí, por muy homogeneizadoras que fueran las normas editoriales establecidas por los editores y el consejo asesor. De modo que surgirán, sin duda, las irremediables preguntas, como: ¿es más relevante para el traductor o el estudioso el mozambiqueño Mía Couto, al que se le dedican dos columnas, que William Blake, Thomas Hardy, E. M. Forster o R. Kipling, que son (injustamente) silenciados? ¿Qué criterio de extensión hace que autores menos conocidos para el público ocupen más columnas que otro más popular? ¿Tienen más relevancia los traductores de llegada de lenguas más minoritarias que los castellanos del siglo XX, a juzgar por el número de ellos? Además, siempre va a haber ausencias no deseadas, y se echarán de menos figuras que merecerían estar en este modesto Olimpo, como los hermanos José y Vicente Gaos, por ejemplo, el primero en filosofía y el segundo en poesía inglesa. Pero la relativa importancia de las lagunas no es comparable con los sobresalientes aciertos que nos ofrecen las más de mil páginas de este ambicioso diccionario. No cabría esperar otra cosa en una obra que, por acusada que sea su vocación abarcadora, no se agotaría si fuera aún más voluminosa. Tenemos, pues, que felicitarnos todos los que estamos inmersos en el mundo de la Traducción por este inestimable instrumento de consulta y referencia que se nos brinda en nuestra diaria y obligada labor de investigación.

Vicente LÓPEZ FOLGADO

LEIDENBERGER, Adriana: *Professor Schmöker von Text. Ein Literaturkurs für junge Leser*. Books on Demand: Norderstedt 2010. 67 pp.

La filología y los jóvenes lectores

Adriana Leidenberger, autora del libro *Professor Schmöker von Text. Ein Literaturkurs für junge Leser Band I* publicado por Books on Demand y ya traducido al castellano, nos ofrece con su texto un cauce de meditación y reflexión sobre lo que es el acto de lectura y lo que podría ser si desde las primeras lecturas de los jóvenes éstas se hicieran de forma encauzada filológicamente y no como habitualmente se hacen, a la deriva, perdiendo así estos lectores contenidos significativos aunque no obvios del texto.

Incluso después de la revolución digital y a tenor de las actuales cifras de ventas de libros para niños y jóvenes, son muchas las personas que empiezan a leer siendo muy jóvenes. No obstante, pocos testimonios hay que den fe de que estos jóvenes lectores hayan leído o no esos libros comprados y que con frecuencia adornan sus dormitorios. Y menos información hay sobre el grado de comprensión, utilidad y disfrute que estas lecturas les han proporcionado.

Los jóvenes, leen superficial o enjundiosamente, suelen hacerlo en soledad ante los textos. Leen de forma intuitiva e inexperta, enterándose de algo, claro, pero también no apreciando numerosos aspectos, de los que si llegaran a ser conscientes, harían su lectura mucho más rica e interesante.

Hasta ahora no se había publicado un libro que orientara estas lecturas, un libro que describiera un método idóneo para poderle sacar el mayor jugo a la lectura. Éste es el texto de Lei-